

CONTRIBUCION AL ESTUDIO DE LAS "VIRGENES BIZANTINAS,"

UNA de las más ricas manifestaciones del arte cristiano en la edad media, son sin duda alguna, las imágenes de la Virgen Madre, que bajo las más variadas advocaciones, se veneran en los santuarios patrios.

Mas a pesar de la riqueza, nadie conoce todo el «filón» hispano pues casi está sin explotar; magna tarea sería el reunir todas las imágenes interesantes al historiador, al arqueólogo, y al religioso, por tanto al conocimiento de tal riqueza debe contribuir el que en algo estime la historia y el arte patrios.

Son muchas las ermitas e iglesias españolas que guardan alguna imagen de las llamadas «bizantinas» y dignas del mayor aprecio. Y muchas también las salidas después del cincel del medioeval anónimo artista.

Naturalmente que al ser muchos los iconos marianos, sus variantes son también bastantes; no obstante y en líneas generales pueden agruparse en tres tipos principales: A) hierático o primitivo, éstas son las imágenes bizantinas, B) de transición, C) humano.

A) El material empleado es salvo muy raras excepciones la madera, siempre están policromadas, jamás se representan en pie, a no ser cuando el tipo evoluciona al de transición, su altura es pequeña, generalmente 80 centímetros como máximun.

La Virgen, que está sentada en un escaño, viste siempre túnica y manto, casi siempre lleva un velo y es frecuentísimo el verla coronada: su Hijo aparece sentado sobre las rodillas de la madre, viste como aquélla, túnica y algunas veces manto; es muy raro verle con corona fija, o calzada, lo contrario de su Madre, que siempre va calzada.

En la forma antedicha, sentado sobre las dos rodillas se le encuentra todo el siglo IX, X y XI, éstos son los tipos más raros; a fines del XI y principios del XII, empieza a correrse a la rodilla izquierda, quedando definitivamente sentado en ella a mediados del XII, comenzando entonces a ladearse algo a la derecha.

A fines del siglo XI levanta el niño la mano para bendecir al

pueblo, lo que hace a la manera griega, en la izquierda lleva una esfera que representa el mundo, o un libro, los Evangelios. La Virgen lleva en su siempre descomunal mano derecha, una manzana, recuerdo de la fruta prohibida.

La rígida actitud de estas imágenes las imprime un sello que las hace inconfundibles, sus rostros inexpresivos y hasta ridículos en algunos casos, sus ojos exageradamente grandes, y muy especialmente el plegado de la túnica y el manto son típicos de este primer grupo. Muy especial es el hieratismo de los poco abundantes pliegues, que caen rígidos y paralelos y que forman «boquillas», esta técnica en el plegado es la causa de que a las imágenes de este período se las llame «bizantinas», pues es lo típico de la escultura y arte bizantino, si bien no es exclusivo de él, pues en esculturas griegas del período arcáico especialmente, y aun en ejemplares romanos aparecen las boquillas. No cito ejemplos, que son innumerables, por no alargar y complicar el asunto de que trato.

B) Este segundo tipo de transición, coincide con el final del período románico, y se extiende hasta los últimos años del siglo XIV, en los rostros de las hasta entonces «bárbaras» imágenes, empieza a reflejarse la aurora de la mañana, creadora del arte sublime ojival, sus facciones se dulcifican, son menos duras, aquellos hieráticos pliegues parece que son agitados por la brisa anunciadora de la *mañana ojival*, parece comienzan a tomar vida terciándose y profundizándose el pliegue entre las dos rodillas. A partir de esta época, la Virgen se sienta, no en un escaño, sino en un sillón, y aparece ya con alguna frecuencia en pie.

C) Finaliza el siglo XIV cuando comienza la aparición de imágenes del tipo humano, casi siempre se representan en pie, y en ellas desaparecen algunos de los caracteres arcáicos, todavía subsistentes en el tipo anterior.

Considerando improcedente para mí «contribución al estudio de las vírgenes bizantinas» continuar hablando de la evolución de las figuras de la Virgen, que quedan hasta nuestros días, dentro del tipo C o humano, paso a ocuparme de las dos vetustas imágenes, que motivan estas cuartillas.

SANTA MARIA LA VIEJA (fig. 1.^a).

Sobre las ruinas romanas de Flavia-Augusta, a dos kilómetros y medio de Poza de la Sal, abajo del valle del «Omino» y en la orilla izquierda de este río, hay un lugar denominado «La Vieja», en

el cual y en la alta edad media se erigió un santuario a la Madre de Dios, con el nombre de «La Vieja».

De esta ermita sólo una noticia conozco, y es la que nos da Benedito Ramberto al hablar de varias inscripciones romanas que en tal sitio descubrió durante su viaje de prospección por nuestra patria (él era veneciano), siendo a mediados del siglo XVI, cuando en España estuvo.

La memoria de esta ermita desaparece en los primeros años del siglo XVII, lo más tarde, a mediados. Resultando verosímil se arruinara por este tiempo, cual luego ha ocurrido con la mayoría de las ocho o nueve que a fines del siglo XVII existían en término de Poza de la Sal, según consta en documentos del archivo parroquial y cuya memoria y vestigios han desaparecido por completo, como ocurre con la románica de «La Vieja», de que trato.

De la antigua ermita, propiamente dicha, queda un único y principal resto actualmente en la sacristía de la ermita de Pedrajas, no muy lejana. Es éste resto una imagen «bizantina», a la cual llaman ahora Virgen «vieja» de Pedrajas, la cual no es tal Virgen vieja, sino la Virgen de «La Vieja», que al arruinarse la ermita que la fe de pretéritas edades la había dedicado, fué transportada a la próxima de Pedrajas, igual que luego se ha hecho con otras.

La imagen de la Virgen de «La Vieja» que presento en la fotografía primera, está tallada en madera, mide de alta 66 cms., está sentada en un escaño; del policromado primitivo, nada se ve, pues ha sido pintada posteriormente unas tres o cuatro veces; actualmente, los colores de su indumento, son: la túnica ligeramente descotada es color avellana, el manto es añil y el velo blanco. El pliegue del manto entre las rodillas es poco profundo; el plegado del resto es francamente hierático y forma tres boquillas, lleva corona real de la época, en parte serrada para ponerle alguna movible. De su expresión y rostro el fotograbado da idea, y en su manaza derecha lleva la simbólica manzana prohibida.

Su divino Hijo va sentado en su rodilla izquierda y de frente; viste túnica añil y manto avellana, está descalzo y sin corona; con la diestra bendice al pueblo y en la izquierda lleva el libro de los Evangelios.

Por todos los caracteres expuestos, soy de opinión de que la escultura bizantina de Santa María «La Vieja», pertenece a los años medios del siglo XII, o mejor a los primeros años de la segunda mitad de esta centuria.

SANTA MARIA DE PEDRAJAS (fig. 2.^a).

En varias reales cartas de privilegio y confirmación al «concejo y villa de Poza», de los siglos XII al XV, aparece también con los mismos privilegios el «logar de Pedraxas», no volviendo a ser nombrado en cartas posteriores a la décimo quinta centuria.

El «logar de Pedraxas», cuyo nombre acaso lo deba a las ruinas de la población romana antes citada, tendría necesidad de un templo para su servicio; pudo servir el de «La Vieja», mas éste estaba algo alejado, y hubo necesidad de construir otro que hoy subsiste, totalmente reformado, éste es la actual ermita de Pedrajas.

Mas, de la primitiva construcción nadie conocía un solo resto, así que hube de dedicarme para aclarar este punto, a revolver los papeles del archivo parroquial; ni la menor noticia encontré, hasta que un día, reconociendo los muros de la ermita, tuve la suerte de encontrar en el interior del lado del Evangelio, una bonita imposta billetada, tan típica, del período románico.

Es más, fijándome con más detenimiento, observé la silueta de un arco de medio punto, bárbaramente tapiado, y por si no fuera bastante, cubierto en parte, por un contrafuerte de la construcción posterior. La imposta está bastante mutilada, y, como a un metro del suelo actual. Después de descubrir la portada del primitivo templo, en parte soterrada, ví, que para la ermita moderna aprovechóse en gran parte la antigua pared maestra.

En esta ermita, hoy totalmente reformada según el gusto neoclásica, hay un altar del más horrible estilo churrigueresco, en que los dorados y colorines parecen luchar para destacar más que los angelotes de malísimo gusto y los racimos de uvas y los grandes pámpanos que tan profusamente recubren las salomónicas columnas.

En este retablo de dos cuerpos, el superior, antes de plata, se venera la Virgen con el nombre de «Pedrajas», que según una obscura tradición, que jamás falta en este género de imágenes, y que ha dado lugar a que «siempre se aparece la Virgen a los pastores», en vez de ser a un pastor fué a unos arrieros.

La imagen de «Pedrajas», es muy parecida a la de «La Vieja», en ella se advierte la misma inexpressión en el rostro, y que hoy se ve aumentada por la bárbara restauración o pintarrajeado de que ha sido objeto. Del resto de la imagen resulta un poco difícil decir nada, pues dada la costumbre, tan arraigada en los pueblos, de «vestirlas» (causa en la escultura de qué hablo, de qué desaparezca en plazo no muy lejano, efecto de la carcoma), es difícil verlas des-

provistas de todo género de trapos. Una vez que la pude ver al natural, observé que es casi idéntica a la de «La Vieja». Viste túnica, manto, velo y lleva corona real (serrada para colocar la de plata que tiene) los pliegues de la ropa guardan el mismo típico hieratismo, formar boquillas; el surco entre ambas rodillas es muy superficial y en su gigantesca diestra lleva la célebre y significativa manzana. El Niño, sentado en la rodilla izquierda, está algo ladeado a la derecha y bendice a la manera griega, llevando en la otra mano el libro simbólico.

De los primitivos colores de la venerada imagen ninguno se ve, pues ha sido policromada posteriormente. La Virgen va sentada en un escaño, aunque en el fotograbado, que la representa como habitualmente está, parezca lo contrario.

Dados sus caracteres, creo que este inédito icono mariano, es de la segunda mitad del siglo XII y muy pocos años más moderno que la también olvidada e inédita de «La Vieja».

J. MARTINEZ SANTA-OLALLA

Madrid, 13—V—1923.



(Fig. 1.^a) Virgen de LA VIEJA.



(Fig. 2.^a)—Virgen de PEDRAJAS.

(Fotos del Autor).